

BIOGRAFÍAS ESPAÑOLAS.



PEDRO UNANUE.



o muy conocido y querido que era Unanue en España; el sentimiento general que manifestó todo Madrid al saber tan temprana é inesperada muerte; la amistad particular que profesábamos al joven tenor español, nos mueven á anotar en este

Semanario, algunos apuntes biográficos que muy ligeramente nos han dado aquellas personas que mas de cerca le trataron y conocieron desde sus primeros años.

Nació Pedro Unanue en la villa de Ondarrua, provincia de Vizcaya, en el año 1815. Hijo de una familia honrada, pero pobre, que se mantenía principalmente con el producto de la pesca. El joven *Perico* tenía un tristísimo porvenir ante sí, sobre todo, si fijaba su vista en los numerosos hermanos que le rodeaban (llegaron

á ser *veintidos*) y para cuya manutencion apenas habia el asídúo trabajo de toda la familia.

Su argentina voz infantil, y las grandes disposiciones que parecia demostrar para la música, le valieron, desde muy niño, el cariño del organista Echevarría, primer maestro que tuvo en el arte, en el que tanto ha brillado mas tarde. A los once años cantaba los oficios divinos en la iglesia de Ondarrua, y mas tarde, habiendo pasado su maestro de organista á Lequeitio, siguió tambien Unanue, á fin de continuar y perfeccionar sus estudios músicos. Su voz se iba desarrollando con la edad, y cada dia mostraba mas afición y disposición para el canto, mientras que para el estudio del órgano y piano, manifestó siempre poca inclinación. Cumplió entretanto los diez y seis años de edad, y viendo lo poco que podia prometerse de su estancia en su pais natal trató de pasar á la Habana, donde tenia un hermano, con objeto de hacer mejor suerte. Con este fin, marchó á Santander, como el punto mas á propósito y cer-

cano para embarcarse. Mientras se le proporcionaba transporte, tuvo ocasion de cantar en la catedral, y fué tanto lo que gustó á los canónigos, que estos resolvieron atraérselo para su capilla, ofreciéndole una asignacion de ocho reales diarios. Unanue, que con nada contaba, y para quien el resultado del proyectado viaje á América, era problemático, admitió gustoso las ofertas de los canónigos, mientras se le proporcionaba otra cosa mejor. Permaneció en Santander cosa de dos años, hasta que, aconsejado por varias personas, resolvió trasladarse á la corte, con la esperanza de encontrar mejor que en una capital de provincia una colocacion ventajosa, bien fuese en alguna iglesia, ó en el teatro de la ópera.

A su llegada á Madrid, la primera persona á quien visitó Unanue, fué á su paisano y antiguo amigo D. Lorenzo Zamora, joven pianista, distinguido ya entonces, y que con el tiempo ha llegado á ser uno de los primeros pianistas españoles de la época y profesor buscado de todas las familias, para la enseñanza del piano. No solo halló Unanue en Zamora un verdadero amigo que le ayudara generosamente en su triste posición pecuniaria, sino que por él tambien fué presentado en el Conservatorio de Maria Cristina, á fin de que examinado pudiese ser admitido en clase de alumno, y recibir por este medio una educacion música, que le formase principalmente el *buen gusto* de que tanto carecia. Los examinadores eran los señores Piermarini, director del Conservatorio, y el maestro Celli, ante quienes soltó Unanue el torrente de voz que la naturaleza le habia dado, atrojando con sus fuertes acentos la estancia en que se hallaban. Ademas de Piermarini y Celli, presenciaba indebidamente el examen la esposa del primero, y esta señora, cuyo sistema nervioso puso sin duda en conmocion la robusta voz de Unanue, hizo diversas exclamaciones, y tapándose los oidos rogó *por piedad* que cesasen los énfaticos del joven vizcaíno. Suspendióse en efecto la sesion de examen, y los señores profesores manifestaron luego á D. Lorenzo Zamora, que su protegido no tenia disposicion ninguna para dedicarse al canto.

Rechazado del Conservatorio, fué presentado Unanue, protegido siempre por Zamora, á D. Ramon Carnicer, á fin de que este señor, que entonces era maestro director y compositor de la ópera del teatro de la Cruz, le diese colocacion entre los coristas del teatro, como único medio de que pudiese atender á su subsistencia. D. Ramon Carnicer se prestó gustoso á admitir al joven vizcaíno, siempre que este sirviese para corista; presentóle con este fin una leccion de solfeo, y quedó tan satisfecho de lo bien que solfeó repentinamente, que desde aquel momento ingresó en el cuerpo de coros, con una asignacion de 12 rs. diarios. Como en el Conservatorio de música se habian negado á admitirle entre los discipulos, y careciendo al mismo tiempo de los medios necesarios para poder tomar un maestro de canto, se vió precisado á ponerse bajo las ordenes del señor de Reart, persona bien conocida en Madrid por la enseñanza que gratuitamente ha dado, y continúa dando en el día á diversos jóvenes de ambos sexos. Permaneció Unanue como corista cerca de un año, y lle-

gada la época en que se formó una compañía de ópera, compuesta de españoles, se presentó á cantar el papel de Pollion en la *Norma*, en compañía de la señora Leona; desde entonces le quedó el sobrenombre de *Pollion* con el que sus mas íntimos amigos le saludaban. La aparicion de Unanue, en las tablas, como primer tenor, fué recibida con entusiastas aplausos, que mas que al saber del cantante, eran motivados por lo mucho que prometia ser algun dia, con una voz tan magnífica como la que poseia. Concluida la temporada en Madrid, marchó al teatro de Zaragoza de primer tenor, y permaneció ausente de la corte hasta el año 1840 en que volvió, y efectuó su matrimonio con una joven bella y bien acomodada. Cantó nuevamente en el teatro de la Cruz y en aquella época pudo tambien oír y admirar á Rubini, cuando este artista cantó en el Liceo. No desperdió la proporcion de poder estudiar tan buen modelo, y cuando mas tarde pasó á los teatros de Andalucía fué el cantante mas mimado del público, sobre todo del de Granada. Antes de marchar á Andalucía, visitó su pais natal, llevando algun socorro á su familia, á la que continuó asistiendo á proporcion que su fortuna mejoraba. De los teatros de Andalucía, vino al teatro del Circo, donde continuó cantando todo el repertorio moderno, cada vez con mas éxito, si bien siempre se notaba en él alguna falta de estudio y saber. Mientras cantaba en Granada, tuvo ocasion de conocer á la Paulina Garcia, y cantar con ella en el teatro: estas relaciones le valieron mas tarde su ajuste para el teatro imperial de San Petersburgo durante el invierno del 44 al 45, en compañía de la misma Paulina Garcia, Rubini y Tamburini. Hizo su *debut* en San Petersburgo, con el *Elizir*, y tanto en esta ópera como en el *Belisario* y otras que cantó, agradó sobremanera, y recogió siempre abundante cosecha de aplausos, pero no probando bien á su salud el clima de Rusia, concluido su ajuste, se retiró á Italia, en donde lejos de la escena, estuvo descansando algun tiempo, y estudiando con uno de los buenos maestros de Milan. Pasados algunos meses, fué ajustado ventajosamente para el teatro de Bérgamo, y allí como en San Petersburgo gustó muchísimo tanto por su privilegiada voz, como por su buena manera de canto. Su estancia al lado de Rubini le habia servido para perfeccionarse y corregirse, en parte, de los defectos que tenia; así es que, desde su aparicion en los teatros de Italia, se le consideró como uno de los mejores tenores de *bravura*. Concluido su ajuste en Bérgamo, lo fué nuevamente para Trieste donde tambien logró grande éxito. Se proponia venir á descansar al seno de su familia, mientras llegaba la época de tener que dirigirse al teatro italiano de Paris, para donde habia sido ajustado (temporada del 46 al 47) cuando fué atacado de la enfermedad que le condujo al sepulcro el dia 3 de enero de 1846, en lo mejor de su edad, y en el momento en que se le presentaba el porvenir mas brillante.

Su excesiva delicadeza, y la noble ambicion de artista le habian hecho abandonar la excelente posicion que le proporcionó su matrimonio, y resistiéndose á los sollozos y ruegos de su esposa, insistió en labrarse él mismo

su fortuna, con su talento y trabajo. Esta idea lo llevó al extranjero, en donde solo, y sin ningún allegado ni antiguo amigo que le asistiera en sus últimos momentos, halló una temprana muerte, causada quizá por las muchas fatigas y esfuerzos que hizo, siempre, por brillar en la escena.

Como cantante, Unanue se resintió hasta el último momento de la mala dirección que dió, ó le hicieron dar, desde un principio á su voz. Dotado de un órgano vocal de los más privilegiados, si cuando de corista del teatro de la Cruz, hubiera aceptado las proposiciones que le hizo Grimaldi para que marchase á Italia y permaneciese en aquel país, estudiando durante tres ó cuatro años, Unanue hubiera sido uno de los mejores tenores modernos, y es más que probable que sus amigos no tendrían que llorar su pérdida hoy día. A pesar de haberle faltado la buena enseñanza, que solo forma los verdaderos cantantes, llegó á ser Unanue un tenor de nota, y perdiendo cada día alguno de sus antiguos y malos resabios, daba actualmente grandes esperanzas de ser un excelente tenor, en quien tenían fijadas sus miradas todos los empresarios.

Las óperas en que más sobresalió fueron: el *Elisir*, *Belisario*, *Templario*, *Gema di Vergi*, etc. etc. Los que le oyeron cantar últimamente en Italia, ponderan lo muy á propósito que se mostraba para cantar el repertorio de Verdi.

Como particular, su sencillez en el trato social y excelente carácter, su franqueza y *honoradez vizcaína*, le merecieron siempre la amistad de cuántos le conocieron y trataron. Contaba numerosísimos amigos, y todos lloran incesantemente su muerte. Fué también Unanue excelente ciudadano, y en el ataque de Cabañero á Zaragoza, dió grandes pruebas de su bizarría, y demostró los sentimientos generosos y liberales que encerraba su noble pecho.

E. V. DE M.

VARIEDADES.

Casas de los Persas.

No hay aspecto más triste que el de una ciudad persa. La mayor parte de las casas son de ladrillo cocido al sol, y cubierto de barro y de paja. Mr. Morier hablando de Ispahan, dice: para formar una idea de esta ciudad es necesario huir de toda comparación con las ciudades de Europa. Allí no hay calles anchas, ni ningún primor de arquitectura, sino tal cual monumento público ó particular, privado de todo adorno. En Ispahan y lo mismo sucede en todos los países despóticos, lo interior de las casas es mucho mejor de lo que parece por fuera. Y en efecto, la parte exterior no es más que un muro desnudo y triste. La sucesión continua de estas paredes oscuras, sin ventanas ni balcones, da un aspecto misterioso á los pueblos mucho más cuando se divisa una pobre muger, brujuleando á los que pasan por un estrecho agujero, como el de un calabozo.

La entrada principal que dá á la calle, es estrecha y mezquina. Las puertas de las casas de los pobres, suelen no tener más que tres pies de alto. El objeto de esta precaución es evitar que entre alguno á caballo, especialmente los criados de los magnates, que no tendrían escrúpulo en hacerlo cuando hay revueltas políticas y partidos.

Las puertas de las habitaciones del rico, son más elevadas, y esta elevación es proporcionada á la vanidad del dueño. Un pórtico alto y adornado, es una de las insignias de la vanidad real. Tales son el Alah Capí, en Ispahan, y el Bab Homayan, ó Sublime puerta en Constantinopla. La ostentación de una puerta más ó menos grande, atrae tanto la curiosidad, que los que no quieren parecer ricos, para no dar en manos de un gobernador tirano y codicioso, procuran evitar esta peligrosa indicación. Los mercaderes de Ispahan que suelen ser muy acaudalados, tienen en sus casas las puertas pequeñas y lo interior adornado con el mayor lujo.

En Ispahan las casas no tienen más que un piso, pero se componen de tantas piezas, que aun las más pequeñas ocupan una considerable extensión. El espacio perpendicular de las casas de Europa, es horizontal en Persia.

El mismo viajero hace una curiosa descripción del estrépito de una ciudad de Persia. Al rayar el día, empiezan los ahullidos de los muezzins, cada cual en distinto tono; sigue un concierto de cuernos para avisar á las mugeres, las cuales se bañan antes que los hombres, que los baños están calientes y dispuestos á recibirlos. A estos sonoros llamamientos responden en coro todos los perros de la ciudad. Al mismo tiempo los asnos saludan á la aurora, casi todos á un tiempo, pues ya se sabe que estos animales no se están callados cuando uno de ellos empieza. Los gallos entran entonces en la orquesta, y sus penetrantes chillidos, juntamente con los gritos de los hombres que se despiertan unos á otros, y con los clamores de los muchachos, forman una sinfonía nada agradable á los oídos de un europeo. En el verano, como todas las operaciones domésticas se hacen fuera de techado, es todavía mayor el alboroto. En esta estación, los persas duermen en las azoteas, sin más manta que la bóveda del cielo. Como las casas de los pobres son bajas se puede decir duermen en público. Algunas veces, yendo á caballo gozamos de este espectáculo. Las mugeres se levantan antes que los hombres, los cuales suelen dormir al raso, y esto indica suficientemente lo que es el clima de Persia; en efecto, se goza de mayor descanso al aire libre que en los aposentos.

A las puertas de las casas de las gentes acomodadas, hay un corredor largo que va á un patio espacioso, en cuyo centro se vé una fuente y á los lados, conductos de agua y calles de árboles. Cada casa tiene un Divan Caneh ó sala para recibir las visitas; cuando este aposento es grande, suele haber en él dos chimeneas, adornadas con pinturas y cristales. A cada lado hay gabinete, de que no se hace ningún uso.

Es difícil tener una idea exacta de la extensión de las casas en Persia. Las mugeres tienen cuartos separados

que se llaman Harem-Caneh, ó Zenaneh, y los criados que son en gran número, otros para sus ocupaciones respectivas.

Los muebles de la casa son pocos y sencillos. Ni se ven allí camas adornadas, ni mesas, ni sillas de costosas maderas, ni candeleros, ni arañas, ni ninguno de los requisitos necesarios de las casas de Europa. El lujo no toma nunca en Persia esta direccion. Los muebles se reducen á un tapete de felpa gruesa que cubre todo el suelo, y sobre el cual se estiende una magífica alfombra, de las que se fabrican en el pais. Los que no tienen mucho dinero, se contentan con el tapete de felpa.

En lugar de sillas, usan unos almohadones cuadrados, de menos de una vara de ancho que se colocan alrededor del aposento, y se cubren con algun tejido de seda ó de paño ó de brocado. Hay ademas otros cojines apoyados contra la pared, que sirven para reclinarse. Cuando es hora de dormir, se estiende sobre la alfombra un colchon, con una manta y dos almohadas. Tal es la cama de los persas, los cuales no se desahudan para dormir. El colchon está forrado de terciopelo, y la manta ó colcha es de seda ó de brocado. Estos utensilios suelen durar un siglo; los tejidos se conservan largo tiempo, gracias á la sequedad del clima.

Los persas no entran nunca en los aposentos con botas ni chinelas, y cuando un extranjero infringe esta regla, se mira como una prueba de grosera educacion, ó mas bien como un insulto premeditado. La alfombra es una cosa sagrada, porque sirve no solo de adorno, sino de requisito indispensable para las ceremonias que la religion prescribe. Aunque las piezas tienen puertas de dos hojas pintadas ó cubiertas de molduras, lo comun es tenerlas abiertas, y ocultar la entrada con una cortina. Este uso se funda, no solo en la ventilacion que requiere un pais tan caloroso, sino tambien en la moda y en la vanidad, pues las cortinas suelen ser de sedas bordadas, ó brocado de oro ó plata. Cuando entra una visita, un criado abre la cortina, y la deja caer cuando ha entrado. Vemos en muchos autores que este uso es muy antiguo. Plutarco dice, que Alejandro arrebató una lanza de manos de un soldado de su guardia, en el acto que Clito entraba por la puerta de la cortina, y no habiéndolo visto el Rey lo atravesó con la lanza.

Mr. Mojer refiere que en una entrevista que tuvieron el Príncipe real de Persia y el gobernador ruso de Georgia; el último, que no estaba acostumbrado á los usos orientales, se vistió de uniforme completo con pan-

talón y botas. El embajador inglés le habia dicho amigablemente, que puesto que los persas miran la alfombra, no solo como piso, sino como la mesa en que comen, hacia bien en dejar las botas, y ponerse el chaechoer ó medias encarnadas, de que se hace uso, generalmente en semejantes ocasiones.

El ruso, alegando que no podia usar de otro traje, que del mismo con que se presentaba delante de su Soberano, persistió en conservar su uniforme completo, y entró con botas en el aposento del Príncipe. Este se irritó tanto de semejante accion, que inmediatamente que se acabó la visita mandó dar la bastonada á su maestro de ceremonias, hasta dejarlo casi por muerto.

Los persas no usan velas de sebo, sino como ya hemos dicho las lámparas llenas de lo mismo ó de aceite, con una torcida en medio. Suelen tambien servirse de bujías de cera, mezclada con aceite de cinamomo, ó de clavo ó otro ingrediente aromático.

El modo de calentar las casas es barato, pero incómodo. Como la leña escasea en aquel pais, solo hay chimeneas á la europea, en las habitaciones de los poderosos. En su lugar, se sirven de una especie de cántaro llamado Courei, metido en tierra con la boca al nivel del suelo. Este cántaro se llena de leña, estiércol ó otro combustible, y cuando está hecho carbon se cierra la vasija con un pedazo de madera cuadrado y en forma de mesa. Despues se coloca encima una gruesa manta acolchada, en torno de la cual se sientan los asistentes cubriendo con ella las rodillas, á fin de que el calor penetre en la ropa. Cuando el frio es rigoroso, en lugar de las rodillas, se cubren todo el cuerpo hasta la barba, formando un grupo por demas grotesco. Este uso es sumamente desagradable y peligroso por la posicion violenta, en que es necesario permanecer para calentarse, los effluvios moféticos del carbon y los grandes dolores de cabeza que produce. Hay algunos que duermen debajo de la manta, tapándose con ella la cabeza; mas tambien han solido hallarse muertos por la mañana. Este calentador sirve tambien de cocina, pues en él se hacen tambien algunos platos que no requieren mucha preparacion. No solo se calientan al Courei los toscos habitantes de las montañas, sino tambien muchas gentes ricas de las grandes ciudades. Las mugeres se sientan debajo de la manta, que ordinariamente suelen cubrir de un rico sobre-paño, y pasan las horas enteras procurando sacudir la soporífera influencia, con sendas tazas de café, ó con el humeo delicioso del Calum.

EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPITULO VI.

La Infanta Duña Catalina no separó de su servicio á Mari-Barba por quitar todo motivo de sospechas á la corte, que sabiendo la íntima amistad que las habia unido,

no hablaria ni inquiriria poco para indagar la causa que la habia inclinado á tal rompimiento. Pero aunque juntas, se cortaron entre ellas todo género de relaciones.

Manrique no pudo conseguir una entrevista con su amada á pesar de su constante empeño, pues siempre se le estrelló este contra la dureza de los carceleros, que no otro nombre merecen los que lo llevaban de servidores, que así como á su hermano la custodiaban. Y la Infanta, cada día mas apasionada, ignorando hasta qué punto era inaccesible el muro que la separaba de los demas, culpaba al trovador de demasiado orgulloso, y á veces de inconsecuente; pero no ya de mal caballero, pues nunca pudo hacerse creer, no obstante las apariencias, que su pecho fuese capaz de abrigar la villanía, así como nunca pudo sofocar el recelo de que el génio fatal de celos extraños, era el que cortaba siempre el hilo de sus amores.

Y de que ese génio fatal era Mari-Barba ya no le quedaba duda. Pero ¿cómo, se preguntaba, esa muger desleal y maligna, tiene bastante poder ó astucia para enredarnos en la madeja de sus intrigas y lograr en parte sus fines indisponiéndonos, amando yo á Manrique, y siendo por él correspondida? Esto, sin embargo, no era mas que una cabilacion que para resolverse en certidumbre necesitaba pruebas. Mas ¿cómo hallarlas sin ver al poeta? Tormentos y dudas por todas partes.

Cansada últimamente de sufrir contrapuestos desvarios, de luchar con ellos, y de esperar al trovador en vano, decidióse á tomar el único partido que le quedaba. Hablar con Mari-Barba á ver si su conversacion esclarecia algun tanto la oscuridad que la rodeaba. Llamóla, y su antigua confidenta se presentó á ella dolorida y avergonzada.—¿Cuán otras estaban! De su primera hermosura quedaba no mas una sombra, de su alegría ni un asomo, de su amistad el arrepentimiento. Lágrimas solamente y luto y amargura.

—Mari-Barba, le dijo sin ira y con gravedad, yo te he dado á mi lado un asilo para guarcerte del abandono y de la miseria, y tú te has ingerido en mi pecho como una vívora para escudriñar los secretos y afectos de mi corazón, y hacer en agradecimiento á mis favores, riza en los mas hondos y sagrados. Si tu alma no era bastante grande para hacerte generosa, no debió á lo menos ser tan vil que te hiciera ingrata.

Así pensaba Mari-Barba tambien de sí misma, y por-que conocia su mal proceder baraba; pero era una de esas mugeres que puesto el pié en una senda jamás retroceden aun á vista del abismo en que se hunden. Así es que respondió,

—Lo he sido sin saberlo, señora. Ignorando el amor de Manrique, pues no podia creer que vos, Infanta de Castilla fuérais un juguete, no mas de su capricho, he correspondido alguna vez á sus caricias juzgándolas de amistad; con lo cual no pensaba seros traidora. Despues me dijo que la plácida amistad de la infancia se habia convertido en el en un amor ardiente, que era yo hulla, como los cielos, graciosa como las campiñas...

—Mientes, le replicó vivamente la Infanta.

—Señora...

—Selle sus lábios malignos el silencio, ó si no los sellarán mis pies.—Y levantándose para dejarla, añadió con aire de desprecio. Antes que te juzgaba sincera y buena tuve celos de ti; ahora que entreveo la ruindad de tu alma

á través de tus palabras engañosas, conozco que he sido víctima de tu perfidia; una muger no puede engañar frente á frente á otra que ama. Tú amas á Manrique; Manrique me adora y te aborrece...

—¿Que os adora y me aborrece! ¿vos comprendéis su carácter? ¿vos penetráis sus miras? ¿vos habeis sondeado el fondo de su alma? Yo sí, que le he inspirado sus primeros versos, que he sentido los primeros latidos de su corazón...

—¿Calla, infernal muger! bien sabes tú que no te ama, que me adora... sí, despecho no mas respiran tus palabras. ¿Por qué hablas así? ó quieres vengarte.

—¿Os convencerá una prueba?

—No puede haberla.

—¿La queréis?

—¿Y quién puede presentarla?

—¿La queréis?

La Infanta quedó silenciosa ó inmóvil á estas palabras. ¿Por qué no podia ser verdad lo que Mari-Barba decia, asegurándolo tanto? Y entre las dudas y la certeza, escogió la duda que le dejaba aun lugar á la esperanza. Sin embargo, respondió.—Sí, por no parecer cobarde á su doncella.

—Pues bien, citadlo para Talavera de aqui á ocho dias.

—Josefa le dará el recado.

Desde aquel punto cada una se fué por su lado, Doña Catalina á verse con Josefa, dueña que iba mercediendo su confianza, y Mari-Barba con D. Enrique á llevar á cabo su comenzada intriga.

—Señor, le dijo, no há mucho que os hice un favor: al exigírmelo vos, me prometisteis recompensarme.

—Es cierto, Mari-Barba, respondió el Infante; al parecer dispuesto á cumplir su palabra.

—Entonces os dije, no sé si lo habeis olvidado, que aunque os asombrase, vuestra suerte y la mia iba por un mismo camino...

—¿Y bien!... replicó el Infante impaciente.

—No ignorais, prosiguió Mari-Barba, la influencia que ejerzo en el ánimo de vuestra prima.

—¿Pero qué queréis?

—¿Queréis vos ver cumplidos vuestros deseos? ¿uir de sus lábios una palabra de amor? ¿Queréis obtener su mano?

—¿Cómo! repítelo..., habla... ¿qué debo hacer? ¡el anhelo de mi vida! ¡su amor! ¡Oh! el colmo de mi ventura!... ¡Si fuera verdad!

—Oid, señor, vos nacido entre gentes que no presentan la cara mas que por un lado, engañoso siempre, y crecido en la rudeza de los combates no sabeis mas que pelear. Amais sin estudiar nuestro corazón; por eso no sabeis emplear otros medios para haceros corresponder que el de las súplicas: el mas ineficaz sin duda. Nosotras sabemos mas de eso, como que el amor es nuestra ocupacion eterna, nuestra historia.

—Pues bien, aconséjame. ¿Qué debo hacer? ¡Su mano!

—Si la Infanta os propone ir á Talavera, llevadla, dejadla allí en la mayor libertad, poned centinelas en los caminos que impidan á todo el mundo la entrada, y haced que os acompañe un sacerdote.

—¿Qué misterios son esos? preguntó D. Enrique sorprendido de la intriga de Mari-Barba. ¿En que os fundais para asegurar que obrando así oiré de sus labios una palabra de amor? ¿Qué tiene de común nuestra suerte?

—Nada de eso, señor, necesitáis saber para ser correspondido; y quizá sea un obstáculo saberlo.

—Pues entonces no me lo digas, haré ciegamente cuanto me has indicado.

¿Qué razón tenía Mari-Barba para obrar de este modo? ¿Cuál era el objeto de sus intrigas?

Su proceder era consecuente. Juzgaba, atendiendo al carácter de los dos, que haciéndole creer á cada uno que había sido engañado por el otro, la Infanta por vengar su insulto accedería á los repetidos ruegos de su primo. Así lo dió ella misma á entender un día diciendo: «por él solo jamás seré suya» y Manrique por vengar su ofendido orgullo se echaría en sus brazos, de lo cual, en parte ya le había dado pruebas en el convento.

En el plazo convenido todo se ejecutó del modo que se había resuelto.

Doña Catalina esperó en vano al trovador toda la mañana en el alcázar. Cada instante que pasaba apagaba una chispa del fuego de la esperanza que hasta entonces la había sostenido. Mari-Barba le había asegurado para su desengaño que Manrique no acudiría al lugar de la cita. La Infanta veía con dolor cumplirse la amenaza; su rival era por consecuencia preferida. En el extremo de su desconsuelo llamó á Josefa á preguntarle por la vigésima vez las circunstancias de su recado, á clavarse por la vigésima vez un cuchillo en el corazón.

—Josefa, le dijo, ¿tú lo viste?

—Sí, señora, yo misma.

—¿Oyó con ansia tus palabras?

—Ni aun pareció esencharlas.

—Pero al fin te dijo...

—Iré... no importa... ire...—Como hablando consigo mismo. Despues, dirigiéndose á mí.—Decid á la hermana del Rey que irá.

—¿No te preguntó nada?

—Nada.

—¿Y al despedirte?...

—Apenas me saludó.

—Está bien, retirate.—Despues como si acabara de tomar una resolución.—Oye, le dijo. ¿Ha venido mi primo?

—Aun no, señora.

Subió en seguida la Infanta con serenidad aparente, á la torre del homenaje á ver si venía D. Enrique, segun se decia á sí misma, en realidad á ver si llegaba su adorado poeta. De allí á un momento descubrió á su primo á la cabeza de una lucida tropa de caballeros. Despues á nadie más.

—¡Mal caballero! ¡engañarme! exclamó furiosa; y midió en seguida con la vista, la altura en que estaba del suelo. En el momento de ir á descolgarse vió dos personas en la cumbre de un cerro. Eran Manrique y Mari-Barba.

—¡Se ríe! se mofa de mi amor en mi presencia!—Exclamó la Infanta, y bajó de la torre á recibir á su primo. Estando en mitad de la escalera le asaltó otra vez la idea de despenarse.

—Pero no, repitió. Si nosotros vemos cariño donde no hay mas que respeto, haya solo lástima donde ellos ven amor.

—D. Enrique, segun las instrucciones de Mari-Barba, mandó al llegar al alcázar buscar las músicas que tenía preparadas. Al encontrarlo Doña Catalina, forzando sus labios á sonreirse le dijo:

—¡Qué complaciente habeis sido! D. Enrique, me ha vastado una insinuacion para dejarme venir.

—¿Y llamais prima, á eso complacencia?

—Para mí, respondió la Infanta, que tantos motivos os he dado de queja.

—Alma mía, respondió el Infante enagenado de gozo; esa sonrisa me hace olvidarlos todos... ¡Si fuera posible!... ¡Si yo lograra de tu boca una palabra que no fuera de desprecio!... Toma mi corazón por un instante de amor.

—Tu corazón no, D. Enrique, guárdalo para amar; ¡bien merece el mío tu constancia!...

—¡Oh! dílo mil veces, di mil veces que me amas, que serás mía; no dejes de pronunciar esa palabra por mí tan deseada....

—Te amo, dijo la Infanta exalando un profundo suspiro. Era el primero de su infortunio.



Media hora despues los desposaba el obispo de Palencia en presencia de toda la corte, la cual comenzó de mil modos la repentina mudanza de Doña Catalina.

Mari-Barba triunfó, verificado este enlace, á medias; veamos si triunfaba del todo atrayéndose el amor de Manrique.

Fué este detenido, á pesar de sus muchas y vivas instancias, por los centinelas que al efecto había colocado el Infante en el camino de Olmedo á Talavera. y ya

se volvía despues de mil súplicas y maldiciones cuando se encontró con Mari-Barba que se dirigía al castillo creyendo que ella tendría franco el paso, se le acreó y le dijo.

—¿A donde vas? Mari-Barba.

—A Talavera, contestó sin pararse, ¿vienes tú de allí?

—Iba; respondió siguiendo á Mari-Barba, pero me han detenido unos soldados.

—Pues que estás tú tambien convidado? dijo Mari-Barba maliciosamente.

—¿A qué?

—¿No lo sabes? Manrique.

—No sé nada. ¿Qué hay?

—No quiero que sepas por mí esa noticia.

—Por piedad ¿qué hay?

—Una boda.

—¿Mentira!

—Hoy se casa la Infanta Doña Catalina con el Infante D. Enrique.

—¿Mentira!... ¡Ella perjura, infiel á su trovador! Es imposible....

—Manrique, desde aquel cerrito se oirán los conciertos nupciales, subamos á su cumbre.

Entonces fué cuando los vió la Infanta. A poco rato en efecto llegaron á sus oídos los ecos de las músicas y algazara de Talavera, donde se esparció al momento la noticia del fatal enlace.

—¡Todo lo he perdido! exclamó Manrique, quedando inmóvil y con los brazos abiertos.

—¡Te queda mi corazón! respondió Mari-Barba cayendo ante él de rodillas.

El trovador parecia alguna distancia una cruz clavada en la cumbre de la montaña, y Mari-Barba la imágen de la oracion puesta á su pié.

—¡Todo, todo lo he perdido! repitió el poeta sin hacer caso de su antigua amiga. El mundo hecho para mí un lugar de tinieblas, yo hecho un cadáver para el mundo, mi corazón una copa de hiel para mi vida, vagaré en adelante como un fantasma por un cementerio, dejándome en cada instante un recuerdo, en cada recuerdo una ilusión, en cada ilusión un pedazo de mis entrañas.

Mari-Barba viéndose despreciada hasta tal extremo, dió á sus facciones una espresión feroz de locura.

—Oye, Manrique, dijo con voz interrumpida, no he conseguido hacer conformes nuestros sentimientos, pero sí análoga nuestra suerte.... ¿Para qué miras ya al castillo?... Tú llorarás como yo lloro, la Infanta llorará como los dos, porque la Infanta—óyeme que esto es muy grave—no ha dejado un momento de serte fiel. Al pié de los altares con D. Enrique te adoraría mas que nunca.

—¿Qué dices?

—¿Me oyes ya? Escucha. Yo te amo, sí, te amo mucho; me he declarado á ti de rodillas. Tú á mí no me amas, ya lo sé. Infeliz yo, no te hubiera podido ver feliz en los brazos de esa.... por eso he tratado de que llores conmigo. Te he acariciado en presencia de la Infanta para infundirle celos, he procurado que la veas con su primo para dárteles á ti....

—¡Maldita seas! lo comprendo todo....

Escucha, á mis ruegos te citó la Infanta para hoy en Talavera, á mis ruegos ha puesto el Infante esos soldados para que te detengan, y tu amante que te habrá esperado anhelosa, creyéndote ingrato y mal caballero, ha consentido en un desposorio que siempre ha repugnado. ¿Me has comprendido bien?

—¿Has acabado ya? dijo el trovador clavando en ella sus ojos centellantes.

—No. ¿Quién es el mas infeliz de los cuatro?

—Tu la mas dichosa, porque vas á morir.

—Si, sí, exclamó Mari-Barba arrojándose otra vez á los pies del poeta, dichosa si recibo de ti la muerte!...

Manrique que habia levantado el puñal para herirla, lo tiró lejos de sí al oír el acento tierno y resignado, y huyó de allí despertando con sus gemidos los ecos de las montañas.

El Rey D. Juan el II rompió sus prisiones, harto descuidadas desde el dia que D. Enrique obtuvo la mano de su prima, y se fué á juntar con sus parciales al castillo de Montalvan.

Mari-Barba perdió la razon con la esperanza.

Y la Infanta y Manrique, ¿se vieron alguna vez en adelante? No lo sabemos.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Terminadas las solemnidades de Semana Santa, en que el recogimiento y la gravedad dan cierto aire de tristeza al aspecto exterior de nuestra corte, han principiado nuevamente renovando el bullicio y algazara de este hervidero de pasiones y goces que se llama *gran mundo* y que solo puede encontrarse en las poblaciones de alguna consideracion, las representaciones dramáticas, los espectáculos de baile y ópera, y demas fiestas populares, cuyo círculo vá ensan-

chándose cada vez mas en este Madrid, muy diverso á la verdad del que conocian nuestros padres, y que segun la feliz espresion de Jovellanos solo se contentaba con *pan y toros*. Hoy ademas de pan, quiere dramas y óperas, y bailes y conciertos y monos, y que sé yo cuantas cosas, sin olvidarse por eso de los toros.

Pero este asunto de toros, bien merece un capítulo aparte.



El día 13 del actual se dió la primera corrida, que fué concurrida como podía serlo en la dichosa época en que los toros eran la diversion privilegiada de todo el pueblo de Madrid, desde la última manola de los barrios mas apartados, hasta el mas encopetado consejero de Castilla. El famoso Chiclanero y su cuadrilla, que tan buenas lidias ha hecho en la plaza de la capital, lucieron en ese dia sus habilidades con los no menos célebres vichos de Veraguas, Osuna y Colmenar Viejo, á pesar de la incómoda lluvia que vino á sentar el polvo de la plaza.

Este afan tauromáquico se multiplica de mil maneras, y las funciones de novillos rivalizan con las de toros, si no en cuanto á los lances del arte, en la curiosidad que las gentes muestran por asistir á esas corridas de segundo órden. Hasta la clase militar, cuyo carácter debe ser un modelo de gravedad y decoro, no se desdeña de vestir el traje de capeador y banderillero, ejercitándose en combatir á brazo partido con animales que entienden poco de escaramuzas, asedios, ni guerrillas. Esta mania torera que no hace muchos años mereció en las provincias la justa crítica de un escritor bastante conocido, acaba de ser imitada en esta corte por los alumnos del colegio general militar, los cuales dieron el martes, prévia la anuencia del director del establecimiento, una funcion de novillos. A ella concurrió bastante gente, y no hubo que lamentar ninguna desgracia, que es cuanto puede apetecerse en casos semejantes.

Siete teatros se han abierto el primer dia de Pascua en esta corte, y en todos siete ha habido una concurrencia numerosa, como si hubiese pasado un año sin ver actores ni oír cantantes.

La Academia Real dió principio á sus representaciones en el teatro de la Cruz con muy buen éxito, siguiendo

do el sistema de ofrecer al público funciones variadas y divertidas compuestas por lo general de piecitas ligeras.

En el teatro del Principe se puso en escena el *Grumete*, comedia en dos actos, acomodada á la escena española por D. Ramon de Navarrete. La pieza en sí ofrece poco interés, y solo se ha hecho notable por el papel, de *Grumete* que en ella tiene el señor Romea, el cual lo ha desempeñado tan hábilmente, que ha merecido ser llamado diferentes veces á las tablas. Principalmente en las últimas escenas estuvo felicísimo, espresando con la mayor propiedad los afectos de generosidad, abnegacion y energia que en una situacion buscada *ad hoc* debia sentir el *Grumete*. Este mérito en la ejecucion, que llega á dar valor á escenas que tal como salieron de la pluma del escritor valen poco, era sin duda acreedor á las demostraciones y aplausos con que el público colmó los dignos esfuerzos del señor Romea.

El martes se verificó en el salon de la Union, el gran concierto vocal ó instrumental á beneficio de la célebre *Mme. Gordon*, que no habia tenido lugar antes á causa de las funciones de Semana Santa. Tanto esta artista extranjera, como los demas que tomaron parte en el concierto, procuraron desempeñar bien sus papeles; pero la concurrencia no salió de la funcion tan satisfecha como se habia prometido.

En los demas teatros no ha habido grandes novedades continuando las representaciones de óperas y bailes de que ya tienen noticia nuestros lectores. En el del Circo se esperan algunos cantantes, que llamarán extraordinariamente la atención, y cuyo mérito nos proponemos analizar cuando llegue el caso.